

Literatura y ciencia en las crónicas de viaje de José Ingenieros¹

Cristina Beatriz Fernández

Resumen

El objetivo de este trabajo es comunicar resultados parciales del proyecto de investigación "Escritos de la modernidad / modernización urbana en América Latina entre los dos fines de siglos", dirigido por la Lic. Mónica Scarano y financiado por la ANPCyT y el CONICET. En el marco de ese proyecto, nuestra investigación se concentró en las crónicas que José Ingenieros publicó en *La Nación* de Buenos Aires durante su viaje a Europa en los años 1905-1906, motivado por un Congreso Internacional de Psicología que tuvo lugar en Roma. Puntualmente, se propone analizar la relación entre estética modernista y cultura científico-positivista en textos que no se encuadran en la producción más claramente científica o filosófica de Ingenieros.

Cabe aclarar que se trabaja sobre la versión original de las crónicas, publicadas en el diario (y actualmente disponibles en el libro *Las crónicas de José Ingenieros en 'La Nación' de Bs. As.* Edición de Cristina Beatriz Fernández. Mar del Plata, Martín / UNMDP/ ANPCyT, 2009), aunque se tienen en cuenta variantes posteriores de los textos, según aparecieron en el libro *Al margen de la ciencia* (1908) y en las obras completas del autor. Se focaliza el análisis en el cruce de procedimientos retóricos propios de la crónica de viajes con los informes de la actividad académico-científica, teniendo en cuenta el medio de publicación original de los textos.

Abstract

The aim of this paper is to communicate partial results of the research project "Escritos de la modernidad / modernización urbana en América Latina entre los dos fines de siglos". This project was directed by Lic. Mónica Scarano and financially supported by the ANPCyT and the CONICET. Our individual research was devoted to the chronicles written by José Ingenieros and published at the newspaper *La Nación*, from Buenos Aires, while he was travelling Europe in 1905-1906. The travel started in Rome, where Ingenieros acted as the Argentinian delegate to the International Congress of Psychology. We try to analyze the sort of relationship between modernist aesthetic and scientific and positivist culture in these texts, which are different from the rest of his writings, usually more scientific or philosophical.

We study the first edition of the texts, the chronicles published at the newspaper (now reprinted in the book *Las crónicas de José Ingenieros en 'La Nación' de Bs. As.* Edición de Cristina Beatriz Fernández. Mar del Plata, Martín / UNMDP/ ANPCyT, 2009). Besides, we consider posterior editions of the texts and its different variants. We analyze particularly the interaction between the travel chronicles and the scientific-

¹ Este trabajo expone resultados parciales de mi investigación, desarrollada en el marco del proyecto *Escritos de la modernidad / modernización urbana en América Latina entre los dos fines de siglos*, dirigido por la lic. Mónica Scarano (UNMDP) y financiado por un subsidio PICTO de la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica (ANPCyT). Contamos con el asesoramiento, en materia científica, del Dr. Alberto de la Torre (UNMDP-CONICET).

academic report rethorical procedures, with special attention to the newspaper where they were published.

El 30 de abril de 1905, a continuación de una crónica de Gómez Carrillo, aparecía en *La Nación* de Buenos Aires la crónica "El impuesto de la belleza. El mareo", firmada por José Ingegnieros [sic]. Era la primera de una serie de crónicas escritas por él durante su primer viaje a Europa en 1905-1906, hacia donde había partido como representante argentino ante el Vº Congreso Internacional de Psicología que tendría lugar en la ciudad de Roma. Tiempo después, algunas de esas crónicas, aunque no todas, serían recopiladas en los libros *Italia. En la ciencia, en la vida y en el arte* (publicado en Valencia por Sempere en 1906)² y *Al margen de la ciencia* (Bs. As., Rosso, 1908),³ así como en las obras completas del autor.

Tengamos en cuenta, en primer lugar, el medio de publicación de estos textos. *La Nación*, por ese entonces dirigida por el ingeniero Emilio Mitre, era un periódico que tenía entre doce y veinte páginas por cada uno de sus números, siendo lo usual que la edición constara de doce o dieciséis páginas. Eventualmente, en fechas patrias como el 25 de mayo y el 9 de julio o en ocasiones especiales, agregaba un "suplemento ilustrado" que explotaba las posibilidades tecnológicas de la fotografía, presente también en otras secciones del diario pero que encontraba en ese suplemento un ámbito especialmente propicio. Las crónicas aparecían, generalmente, en las páginas tres, cuatro o cinco, tras los anuncios de empleos pedidos y ofrecidos, propiedades en alquiler y afines con que se iniciaba cada número y antes de la sección "Telegramas (de nuestros corresponsales)" que sintetizaba la actualidad nacional e internacional. El diario terminaba dedicando casi la mitad de sus páginas —o más— a las ofertas de propiedades, campos, subastas de ganado y otras informaciones comerciales relacionadas con el mundo agropecuario. A esto hay que sumar interesantes avisos publicitarios, que iban desde liquidaciones de tiendas de ropa hasta tónicos para reconstituir los —por lo visto— deteriorados nervios de los eventuales lectores. En la sección que el diario destinaba a las crónicas podemos notar una primera subdivisión: la crónica de autor, firmada y encabezada como una carta al director del diario, está siempre en primer lugar y, en segundo término, generalmente bajo el subtítulo de "Crónica general", hay noticias más amplias que los telegramas pero no firmadas y que informan sobre temas de actualidad.

En el caso de Ingenieros, ya dijimos que el gobierno argentino había delegado en él la representación del país ante el V Congreso Mundial de

² En adelante, *Italia*.

³ De aquí en más, *AMC*.

Psicología de Roma, y lo había comisionado, simultáneamente, para estudiar los sistemas penitenciarios europeos. En esos tiempos, un viaje a Europa implicaba una estadía de varios meses e Ingenieros pudo así conocer unas cuantas ciudades del viejo continente. De hecho, su viaje duró desde abril de 1905 hasta octubre de 1906. Este trabajo, que busca comunicar los resultados de una investigación todavía en proceso, se centrará en una presentación de algunas de las crónicas de Ingenieros que relevamos en el diario *La Nación* correspondiente al año 1905, puntualmente, aquellas que hacen referencia a encuentros científicos.

La primera es “Un cónclave de psicólogos”, publicada el 2 de junio pero fechada el 6 de mayo de ese mismo año de 1905. En la versión de esta crónica incluida en el libro *Italia*, desaparecen las fechas y el encabezado usual en el diario, que rezaba: “Señor director de La Nación” —como ya advertimos, las crónicas en *La Nación* exhibían un marco epistolar, pues se presentaban como cartas al director. En *AMC* tampoco figura este encabezado aunque sí la fecha, unificada y simplificada como “Roma 1905”. Hablamos de unificación porque bajo el título de la crónica mencionada aparecen refundidas las tres que escribió sobre el congreso de Psicología. La segunda es “Lombroso y los hombres pobres” que salió el 1 de julio y estaba fechada en mayo de 1905. En cuanto a la tercera, es introducida por una retahíla de titulares: “Últimas notas de un congreso. Caracteres de las pasiones. Sabios y estudiosos. Los órganos de la inteligencia. Fantasías del magnetismo”; fechada también en Roma, en mayo, se publicó el 4 de julio, lo cual pone en evidencia el impacto de los ritmos de edición en el efecto de lectura —ritmos pautados, conjeturamos, por los tiempos del correo intercontinental. En *Italia*, este mismo texto se desdobra en dos: “Psicología introspectiva y psicología experimental” y “El limbo de lo sobrenatural”, dedicado a los sonados debates en torno del ocultismo y del espiritismo que agitaron el congreso de Psicología, información que está ausente en la versión de *AMC*.

Una cuarta crónica relacionada con eventos científicos es la anunciada como: “La tuberculosis. El congreso de París. Un anticipo de los temas más importantes. Notas rápidas”. Fechada en París el 30 de septiembre de 1905, recién saldría en el diario en noviembre. No está recogida en *Italia* —por obvias restricciones temáticas, pues ya desde los títulos sabemos que el congreso tuvo lugar en Francia —ni en *AMC*.

Volvamos a la crónica que en algún sentido es la fundamental, puesto que hace referencia al congreso que motivó el viaje: “Un cónclave de psicólogos”. Es interesante notar que es la única acompañada por una importante fotografía de los asistentes al congreso de Psicología, que ocupa un tercio de la página, con Ingenieros en primera fila (*La Nación*, 2.VI. 1905, 4).

Al modo del *Ariel* rodoniano, la crónica comienza con la referencia a una escultura, que es aquí “La colosal estatua de Benito XIV, dominadoramente erguida en la sala de los Horacios y Curiacios, entre los evocadores museos del Capitolio” y a la cual se le adjudican emociones al decir que “contempló desde su pedestal un espectáculo que no soñara Miguel Ángel cuando trazó los planos de los palacios magníficos y de la escalinata majestuosa.” El espectáculo que sorprende de tal modo a la escultural figura no es otro que la concentración en Roma de “los sabios de todos los países”, es decir, el congreso científico que Ingenieros va a reseñar a continuación y en el cual menciona, en clave autobiográfica, “una voz [que] llevó hasta el Capitolio el eco de la raza fuerte que está surgiendo en las pampas lejanas”.⁴ Varios son los aspectos notables de esta crónica. Entre ellos, la lectura del congreso en cuestión como una nueva invasión de extranjeros en la ciudad de las siete colinas, aunque estos ya no son los bárbaros destructores de la Antigüedad sino sus descendientes, *evolucionados*, científicos y modernos. En palabras de Ingenieros:

Las fisonomías de los sabios desbordaban sonrisas frente a la mañana clásicamente hermosa y ante aquellas paredes doblemente venerables en la historia y en el arte. Nadie habría osado vislumbrar en ellos a los descendientes de los bárbaros que en otro tiempo vinieron del continente sobre la península, con el ímpetu del río que se desborda o del alud que se precipita, destruyendo las maravillas que el arte pagano esparció pródigamente sobre las encantadoras colinas, desmantelando los testimonios de su esplendor y su belleza. Aquéllos traían la tea incendiaria, éstos la antorcha iluminadora; sobre los mármoles que aquellos hacían resonar bajo los cascos de sus potros desenfrenados, éstos llegan sobrecogidos de admiración y de respeto. En la invasión de los modernos extranjeros, la mueca y el gesto del bárbaro se han transformado en sonrisa y genuflexión ante las ruinas, elocuentes en su mutismo solemne. En estas caras de sabios, que ajó la fatiga de los laboratorios y de las clínicas, en sus ojos hondos y brillantes por tantas noches de meditación insomne, en las frentes que se dirían abovedadas por la perenne rumiación de las ideas, parecía resplandecer el goce de un voto cumplido místicamente. Pues hay en los congresos científicos un ambiente de fe, un tono de peregrinación... (*La Nación*, 2.VI. 1905, 4)

⁴ Señala Beatriz Colombi que siempre es alta la cuota de autobiografismo en las crónicas, dado ese carácter, propio del género, de inmediatez testimonial que adopta el sujeto escriturario en relación con el mundo referido y que se incrementa en el caso de la crónica de viajes, en la cual el sujeto que escribe está convalidado por ser, justamente, el que viaja (Colombi 17).

De esta descripción nos interesa destacar la retórica de Ingenieros, que apela al léxico religioso, incluso de connotaciones místicas, para representar la *vocación* que orienta la vida del sabio, así como la traducción a la fisonomía de los hombres de ciencia de las huellas ocasionadas por esa suerte de sacerdocio laico y moderno que es para Ingenieros la tarea del científico. Por ello, después de reseñar los discursos y comunicaciones del congreso para el lector de *La Nación*, concluye con una reflexión sobre la fe en el porvenir de la ciencia, oponiéndola a la fe que había nutrido al Papa representado en la estatua, que, siempre al decir de Ingenieros, “parecía estremecerse interiormente” ante los avances de este credo moderno. Esto ilustra cómo, entre los efectos culturales que desató el surgimiento de la Psicología como una disciplina *científica* —con sus congresos, laboratorios y centros de estudio, revistas de la especialidad, etc.⁵— estaba la pretensión, sostenida por hombres como Ingenieros, de que colaboraría en una desacralización del mundo.

La imagen del hombre de ciencia es retomada y matizada en la crónica siguiente, “Lombroso y los hombres pobres” (*La Nación*, 1.VII.1905, 4, columnas 3 y 4), en la cual resume la sesión del congreso que le tocó presidir. A partir de la descripción de la figura de Lombroso, asistente de honor al evento, Ingenieros reflexiona sobre lo difícil que resultaría pasar del estudio antropométrico de los delincuentes al psicopatológico, considerando que este proceso se veía frenado por el prestigio de alguien como Lombroso, que había pasado de ser un revolucionario de la ciencia a convertirse en un obstáculo conservador, ya que sus discípulos no se animaban a reformularlo ni, mucho menos, a contradecirlo. Ingenieros comienza una operación de desmitificación de la figura de Lombroso aduciendo que el sabio tiene una “fisonomía como hay muchas” y critica su falta de método para racionalizar científicamente sus intuiciones. Convirtiendo a los sujetos de la ciencia, los científicos, en su propio objeto de análisis, Ingenieros lleva a cabo un ejercicio de psicología colectiva al colocarse en el lugar de un observador externo —presunción de *objetividad* algo falaz, si se tiene en cuenta que participaba plenamente del

⁵ Respecto de la Psicología, algunos datos pueden clarificar por qué decimos que era la época en que se estaba constituyendo como la disciplina que conocemos hoy: en 1876, Alexander Bain fundó *Mind*, la primera revista dedicada a la investigación psicológica. En ese mismo año, Théodule Ribot instituyó la *Revue Philosophique*, en la que aparecían con frecuencia trabajos dedicados a la Psicología. El primer laboratorio de Psicología lo organizó Wilhelm Wundt en Leipzig, Alemania, en 1879. En Argentina, el primero en imitarlo sería Horacio Piñero, en 1898. En 1889 tuvo lugar el Primer Congreso Internacional de Psicología y, en cuanto a las Sociedades o Asociaciones de Psicología, la norteamericana se fundó en 1892; la francesa, en 1901, la alemana, en 1904 y la argentina, en 1908.

evento observado, como presidente de la sesión del congreso que está reseñando. Desde ese lugar que, discursivamente, se pretende neutral, desacredita a los científicos que discuten con Lombroso por vanidad. Dice, en efecto, que el sabio italiano presentó una tesis sobre la genialidad en Atenas que, “aunque un poco superficial, fue muy aplaudida” y que “el debate resultó más largo que interesante [porque] todos tenían empeño de poder referir que habían discutido con Lombroso”.

En la última crónica referente al mismo congreso, “Últimas notas de un congreso” (*La Nación*, 4.VII.1905, 3, columnas 4 a 7), también polemiza con un personaje consagrado. Parte de una introducción literaria sobre las pasiones y las obras de arte que éstas han engendrado para introducir el estudio que Ribot presentó al congreso sobre el tema, precisamente, de las pasiones, y señala sus discrepancias con él —pues a diferencia de Ribot, para Ingenieros la pasión es una enfermedad o, al menos, una anormalidad o desequilibrio.

La conclusión de Ingenieros, al cerrar las crónicas sobre este congreso, tiende a enfatizar el consenso mayoritario que se había alcanzado para clasificar a la Psicología como una rama de la biología. En consecuencia, elogia el

...camino [científico y metódico que,] además de señalar rumbos nuevos a la psicología y a la fisiología, abre horizontes sobre todos los estudios que interesan a la inteligencia humana, permite aplicaciones a las ciencias, a las letras y a las artes, e influye de esa manera sobre la orientación de la cultura moderna. (*La Nación*, 4.VII.1905, 3).

Esa misma cultura moderna que si, por un lado, entronizaba a la ciencia como un saber central, por otro, padecía por la vertiginosa escisión de los saberes y por la consecuente especialización lingüística de cada campo del conocimiento, la misma que lo obligaba a no reseñar trabajos que consideraba interesantes pero que eran “demasiado técnicos para ser referidos a los lectores de *La Nación*.”

Por último, mencionemos algunos rasgos significativos de la crónica en la cual informa acerca del congreso sobre la tuberculosis que tuvo lugar en París, o, mejor dicho, adelanta “las conclusiones de los principales informes que comenzarán a leerse el lunes próximo en el congreso internacional de la tuberculosis.” (*La Nación*, 5.XI.1905, 4). Esta posibilidad de llegar primero con la noticia se debió a la amabilidad de un colega médico francés, e Ingenieros, al mejor estilo de un *reporter*, confiesa que gracias a él “podemos anticipar a los lectores de *La Nación*” las comunicaciones a las que hace referencia. La primicia periodística y la información científica se expresan, esta vez, en una retórica preciosista,

puesta ahora al servicio de la descripción de la sala de exposiciones donde tendrían lugar las actividades del congreso. En efecto, conjugando imágenes de lujo decorativo con la descripción de esos eventos tan característicos de la modernidad que eran las exposiciones, Ingenieros anuncia que:

La ornamentación del Grand Palais será extraordinariamente lujosa. Pero los congresistas encontrarán sus mayores atractivos en la planta baja, donde se instalará la *Exposición internacional de la tuberculosis*. A la derecha, sobre pulidos estantes, contrastando con su elegancia, hay colecciones de anatomía patológica (...) Es curioso el empeño artístico que muchos médicos ponen en la preparación de las piezas anatómicas; la elegancia cruel y el chic más siniestro han sido puestos al servicio de la ciencia. Dentro del alcohol hay carnes hermosas como terciopelo, huesos pulidos como nácares cariados, redes finísimas de nervios como telarañas; algunas piezas parecen orfebrerías elaboradas con tejidos muertos, bordados, mosaicos, esculturas. (*La Nación*, 5.XI.1905, 4)

La mirada estetizante y la retórica, de evidente impronta modernista, para describir la materialidad de los órganos enfermos, ejemplifican en esta crónica ese punto de inflexión entre el periodismo y la literatura que, al decir de Susana Rotker, exigía la estilización para diferenciar al cronista literato del mero *reporter*, para que se notase el sujeto literario que había producido la crónica en un lugar discursivo todavía heterogéneo como la prensa (Rotker, 25 y 116).

En esta misma línea de estilización de la enfermedad, es de destacar la desconfianza de Ingenieros ante la propedéutica promocionada en el congreso por diversos sanatorios europeos y la pregunta que se hace, más digna de un artista romántico que de un médico *moderno*:

Un artista refinado podría preguntarse si el mundo será más bello cuando no existan Mimí Pinsón o Margarita Gauthier, flores enfermas de melancolía y romanticismo; pero entre los inscriptos en el congreso no figura ningún Dumas, y si algún Mürger hubiera deseado inscribirse habría retrocedido ante la cuota de 25 francos... (*La Nación*, 5.XI.1905, 4)

Es inevitable, tras la lectura de este fragmento, insertar a Ingenieros en la tradición literaria que, según nos informa Susan Sontag, ya antes del movimiento romántico usaba las metáforas de la tuberculosis como consunción para describir la pasión romántica, aunque esto alcanzó un sentido marcadamente positivo con el romanticismo, cuando "la romantización de la tuberculosis constituy[ó] el primer ejemplo ampliamente difundido de esa actividad particularmente moderna que es la

promoción del propio yo como imagen” (Sontag, 27, 35). Por otro lado, la referencia al costo de inscripción del congreso deriva en un análisis de las condiciones económicas de la enfermedad que llevan al socialista Ingenieros a vincular la tuberculosis con el capitalismo y a afirmar, citando al Dr. Romme, que “en las sociedades que viven en pleno capitalismo industrial, la tuberculosis es una consecuencia de la situación económica del individuo.” Por ello, tras recomendar la profilaxis social, la prevención familiar y escolar de la enfermedad, concluye con especulaciones acerca de los probables resultados a que arribaría el congreso –recordemos que éste todavía no había tenido lugar– y aprovecha la ocasión para formular argumentos muy cercanos a la crítica social:

El congreso terminará anunciando por milésima vez que la tuberculosis es una enfermedad curable, mentira convencional que no influirá gran cosa sobre las estadísticas de defunciones por esa causa. Es indudable que ningún congresista se atreverá a proponer un voto en estos o parecidos términos:

...la durabilidad de la tuberculosis está en razón inversa de la ignorancia y la miseria (...) en el porvenir, si fuera posible difundir la solidaridad social en tan vastas proporciones como los higienistas y sociólogos desean, la tuberculosis será una enfermedad curable para un número de individuos cada vez mayor.

Sería decir la verdad. Por eso no la dirá el congreso. Un hombre solo puede atreverse, [pero] siete mil reunidos pierden el talento y el valor moral. Los sabios no están excluidos de la psicología del rebaño. (*La Nación*, 5.XI.1905, 5)

De este modo, retomando la valoración que había atribuido a los científicos aduladores de Lombroso en una de las crónicas anteriores, Ingenieros asocia la *masividad* de este congreso –que contaba con “siete mil adherentes”– con la actitud conservadora propia de los *hombres mediocres*, a los cuales les dedicaría un célebre libro años después.

Sin pretender agotar aquí las múltiples facetas de estas crónicas, concluimos esta breve comunicación señalando cómo las crónicas de Ingenieros colaboran en diseñar esa nueva modalidad del viaje cultural que era, en el entresiglo XIX-XX, la asistencia a congresos y reuniones científicas, *peregrinaciones*, como decía nuestro autor, laicas y modernas cuyo valor educativo –tanto en el sentido cognitivo como moral– las hacía merecedoras de ser difundidas en un medio periodístico como *La Nación*.

Bibliografía

- Bagú, Sergio. *Vida ejemplar de José Ingenieros*. Bs.As.: El Ateneo, 1953.
- Beer, Gillian. *Open Fields. Science in Cultural Encounter*. New York: Oxford UP, 1999.
- Clementi, Hebe. "Ingenieros en Italia". *Todo es Historia*. XV, 173, octubre 1981, 54 – 57.
- Colombi, Beatriz. *Viaje intelectual. Migraciones y desplazamientos en América Latina (1880-1915)*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2004.
- Davison, Ned. *El concepto de modernismo en la crítica hispánica*. Buenos Aires: Nova, 1971.
- Hobsbawm, Eric. *La era del imperio, 1875 – 1914*. Buenos Aires: Crítica, 1998.
- Ingenieros [sic], José. 1906. *Italia. En la ciencia, en la vida y en el arte*. Valencia, Sempere.
Al margen de la ciencia. Bs.As.: Lajouane y Cía, 1908.
- La Nación* Buenos Aires, 1905.
- La Nación*. *Manual de estilo y ética periodística*. Bs. As.: Espasa, 1999.
- Pratt, Mary Louise. *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 1997.
- Rama, Ángel. *La ciudad letrada*. Hanover: Ediciones del Norte, 1984.
- Rotker, Susana. *La invención de la crónica*. México: FCE, 2005.
- Sontag, Susan. *La enfermedad y sus metáforas. El sida y sus metáforas*. [1977 / 1988]. Bs. As.: Taurus, 2003.
- Terán, Oscar. *José Ingenieros: pensar la nación*. Madrid / Buenos Aires: Alianza, 1986.
Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880 – 1910). Derivas de la "cultura científica". Buenos Aires: FCE, 2000.
- Viñas, David. *Literatura argentina y realidad política*. Bs. As.: CEAL, 1982.
- Zanetti, Susana (coord.). *Rubén Darío en La Nación de Buenos Aires. 1892-1916*. Buenos Aires: EUDEBA, 2004.